

—¿Hace falta que lo diga? —le contestó la maestra entornando la puerta.

—Podría dejar la llave fuera, y así yo no tendría que molestarla.

—No, Manuel. Has perdido el puesto.

La puerta de la casa gris y blanca se cerró del todo.

El pequeño criado dio los doscientos cincuenta pasos que necesitaba para llegar a la escuela, y una vez allí comenzó a subir las escaleras como si estuviera muy cansado, parándose primero en el sexto escalón, y luego en el décimo, y más tarde en el decimoséptimo, y así hasta que por fin alcanzó el último de los veintitrés escalones. Pero cuando estuvo dentro de la escuela, pareció como si, de repente, hubiera recuperado toda su energía; y en cuestión de segundos, sin casi darse cuenta de lo que hacía, había destrozado a puntapiés una buena parte de los territorios de África y de Asia.

—¿Qué culpa tenía Egipto, Aníbal? —le reprimó entonces Moro; pues aquél había sido el país que había sufrido el ataque más despiadado—. ¿Qué van a hacer ahora, con el Nilo arruinado por completo? —añadió.

Se vio obligado a admitir que su ayudante tenía razón, y estuvo intentando reparar aquel río tan largo de la mejor manera que pudo. Pero oyó que daban las nueve en la ermita y, abandonando a los egipcios, salió corriendo hacia su casa, hacia la montaña.

SALDRÍA A PASEAR TODAS LAS NOCHES

I. DECLARACIÓN DE KATHARINA

Saldría a pasear todas las noches, pero me da miedo, no me atrevo. A veces, cuando estoy un poco animada, bajo hasta el portal de mi casa y me pongo a caminar hacia la estación, y voy todo el tiempo diciéndome Katharina no seas tonta, no importa que las calles estén vacías, tú sigue caminando tranquila y no pienses en esas cosas que aparecen en el periódico, porque los periódicos exageran mucho y parece como que les gustara hablar de mujeres asesinadas y todo eso. Pero no he acabado de pensar en esas cosas y ya me he echado atrás, ya estoy de vuelta.

Pero es que, además, da un poco de vergüenza andar paseando sola. Un vecino me dijo que me comprara un perro, y que así cuando alguien me preguntara, «cómo tan de noche y usted dando vueltas por la ciudad», yo le podría responder, «pues por el perro, no quiero que este holgazán

esté todo el día tumbado y se ponga como una foca». Y además el perro me protegería, porque puesta a comprar elegiría uno que estuviera adiestrado, de esos que se lanzan directamente al cuello, un dóberman, o algo así.

Si en la ciudad no lloviera tanto, optaría por esa solución, la del perro. Le llamaría Clark, y no le faltaría de nada, tendría arroz y carne para comer, y un rincón confortable para descansar. Pero los días suelen ser aquí muy lluviosos y fríos, y así es imposible tener animales, yo no quiero tener un perro para que luego se ponga enfermo de tanto estar metido entre cuatro paredes.

Así las cosas, no me queda otro remedio que olvidarme del paseo y meterme en la cama, pero no para dormir, sino para estar tranquilamente echada y disfrutar así de ese último aliento del día. Y además tengo el tiempo muy bien organizado. Primero corrijo los ejercicios de las clases particulares de Matemáticas que doy a los niños. Luego enciendo la radio y me pongo a leer revistas de esas que hablan de los amores de Aga Khan y de cosas por el estilo. Revistas tontas, claro, y muy superficiales, pero que vienen bien cuando de lo que se trata es de no pensar en cosas serias. Más tarde, hacia las dos, me pongo a hacer un jersey, a hacerlo o a deshacerlo, porque también en eso soy de la clase de las indecisas, y me cuesta muchísimo quedarme contenta con el color y las medidas que he elegido.

Incluso cuando se acaban todos los programas de la radio, yo no dejo de entretenerme, yo

sigo con lo mío, con mi jersey o con lo que sea, sin ninguna prisa por dormirme, porque como doy las clases particulares por la tarde pues no tengo que madrugar. Y además está lo del tren, sobre todo está lo del tren.

A menudo me lo niego a mí misma, pero, puestos a ser sinceros, es verdad, suelo estar esperando, y al fin y al cabo si actúo como actúo lo hago por el tren, es por eso que dejo de dormir y todas esas cosas.

El tren pasa por la ciudad a las cuatro menos veinticinco. Hasta ese momento suelo estar a la escucha, oyendo los sonidos de la noche, esas voces y esos ruidos que de tanto que se repiten me resultan ya familiares. Así por ejemplo, el último autobús para en la esquina poco después de las tres, y de él baja un único viajero, un hombre al que por lo visto le encanta silbar, porque así es como pasa siempre por mi acera, silbando, y hay veces que la misma canción le dura toda la semana. Luego, hacia las tres y cuarto, vienen los barrenderos. A las tres y media le llega el turno a ese que yo llamo Fangio, y le llamo así porque suele pasar a toda velocidad, y el ruido que hace su motor primero parece un bramido y luego, cuando ya está lejos, el lamento de un animal herido o que sufre mucho. Por fin, pasan unos cuantos minutos más, y aparece el tren.

El puente de hierro es el que me advierte de su llegada. Hasta ese momento no suelo estar completamente segura, porque puedes equivocarte y confundir al tren con el viento o con cual-

quier otra cosa. Pero el puente de hierro no me miente nunca, es como un altavoz, y además el tren pasa por él como dando martillazos.

La mayoría de las veces llega a su hora, a las cuatro menos veinticinco. De todas formas, hay días en que se retrasa, y entonces yo no puedo evitar ponerme nerviosa, empiezo a contar cada segundo, presto toda mi atención, y hasta me levanto a mirar por la ventana. Un día no apareció hasta las ocho de la mañana, y yo lloré y todo, porque tenía el presentimiento de que había ocurrido un accidente. Luego supe que el retraso no había tenido otro motivo que un desprendimiento de tierra, o eso leí al menos en el periódico.

El tren suele llevar unos veinte vagones, y su destino es Hamburgo. No sé si siempre transporta el mismo tipo de carga, pero el día en que yo viajé en él llevaba caballos. Me dijeron que eran para América, y por eso los descargaron en el puerto. ¿Qué habrá sido de aquellos caballos? No sé, y la verdad es que prefiero no saberlo. Pudiera ser que después de un viaje tan largo les estuviera esperando el carnicero.

El tren reduce velocidad al atravesar el puente, y ése es el momento más importante de la noche. Es entonces cuando enciendo el cigarro que suelo tener guardado en la mesilla; y es entonces cuando me pongo a imaginar.

Imagino primero a los dos conductores que van en la locomotora. Los imagino callados, pensando cada uno en sus cosas. En un principio, al empezar a trabajar juntos, seguro que tenían can-

tidad de cosas que contarse, pero tras aquella primera época, después de haber hablado de la familia y de los amigos, ya no les sería fácil buscar un tema de conversación. Claro que podrían hablar del fútbol y de bobadas por el estilo, pero no creo. La gente habla de esas cosas, pero no a las cuatro de la mañana, no después de haber estado trabajando durante cinco horas.

Imagino, pues, que van callados, observando las luces del cuadro de mandos o mirando hacia los raíles. Sobre todo mirando hacia los raíles. O al menos así es como fui yo aquel día. Los caballos de los vagones no se cansaban de relinchar, estaban asustados, y la verdad es que yo también estuve asustada hasta que me acostumbré a aquella velocidad, porque me parecía que de un momento a otro los raíles se iban a desaparecer. Pero cuando perdí el miedo seguí mirando hacia adelante, porque me ocurrió como cuando voy al mar, que me quedé como hipnotizada, no podía quitar los ojos de aquellos raíles que se juntaban y separaban continuamente, porque eso es lo que pasa cuando vas en el tren a ciento cuarenta kilómetros por hora, que los raíles hacen ese juego.

Y lo de los raíles no es lo único que te da miedo cuando viajas en la locomotora de un tren, porque de pronto caes en la cuenta de que otro tren podría surgir de la oscuridad, en dirección contraria, quiero decir, y chocar de frente contra ti. Pero los conductores de la locomotora no son como yo. Ellos no tienen miedo. Quizá lo tuvieron en su primer viaje, pero ahora no, ahora están

acostumbrados, y yo los imagino desgastados, mirando con indiferencia los pueblos que van apareciendo al lado de la vía.

Cada uno pensando en sus cosas, así los imagino yo. Uno de los dos está casado, y tiene dos niños, y se acuerda de ellos siempre que ve luces encendidas en una casa, porque deduce de ello que en aquella casa debe de haber algún niño que está enfermo o que se niega a dormir. Y entonces siente ganas de llamar por teléfono a su mujer, para saber cómo están sus niños, porque, claro, también ellos pueden estar enfermos o con problemas de sueño, y es probable que sea eso lo que haga nada más llegar a Hamburgo, llamar por teléfono a su hogar, y si no llama es igual, al menos se ha acordado.

Y termino con el primer maquinista, y me pongo a imaginar qué es lo que estará haciendo el segundo, qué le rondará por la cabeza a Sebastián. Y entonces imagino que está pensando en mí, y que le gustaría mucho venir a esta habitación donde estoy fumando, y que le apena no ver cumplido su deseo.

Pero imaginando esas cosas no hago más que engañarme a mí misma. Sebastián no se acuerda de mí. Si se acordara haría silbar al tren tres veces, corto-corto-largo, nada más cruzar el puente de hierro, tal como lo hizo noche tras noche durante los cuarenta y cuatro días siguientes a nuestro viaje con los caballos.

SALDRÍA A PASEAR TODAS LAS NOCHES

II. DECLARACIÓN DE MARIE

Saldría a pasear todas las noches, porque la noche es muy bonita, lo mismo que la última hora de la tarde, que también es muy bonita, y eso es lo que hacíamos antes nosotros cuatro, el abuelo, Toby, Kent y yo, acabar nuestras tareas antes de que el sol se pusiera del todo y encaminarnos luego hacia el valle para pasear. El abuelo montaba sobre Kent, y yo cogía el pequeño bastón blanco que me compraron cuando las fiestas, y Toby empezaba a correr muchísimo y a saltar, y como es bastante tonto pues se empeñaba en ladrar a las golondrinas, pero las golondrinas se burlaban de él pasando junto a su morro a toda velocidad y silbando, porque, ya se sabe, las golondrinas silban cuando llega el atardecer y salen en busca de mosquitos. Atrapan los mosquitos y los almacenan en las alas y entre las plumas, y al menos en primavera se esfuerzan muchísimo, por las crías, claro, porque suelen tener familia, y cuando llega-